

riqueza y su inmensa producción; de botín inagotable á la rapacidad de dieciocho millones de parásitos.

El 24 de febrero de 1895 anunció al mundo, ignorante testigo de aquella lucha latente entre el cubano y el aventurero de ultramar, que el primero se aprestaba á la guerra de redención, sin que en sus nobles propósitos pudieran pesar, como advertencia saludable ó desengañadora presión, la colosal altura del anhelo: que para conquistar la vida libre y promisoro no contaba con auxilio extraño, ni le detenía la excesiva superioridad de fuerzas del opresor, porque le bastaba la conciencia del deber y del derecho para disponerse hasta al holocausto completo é infecundo antes que continuar sometido al régimen vejatorio é inicuo de cuatro siglos. Y el Pueblo se lanzó á la consecución del porvenir, á reivindicar el pasado, sin armas, sin recursos, sin auxilios, sin más viático que sus anhelos, su fé inquebrantable y su inmovible decisión.

Bastó el discurso apostólico del proscrito, que lleno de unción, no se daba reposo en la propaganda salvadora; bastó la firmeza de un Masó, el estoicismo de un Moncade, la épica proeza de un Guerra, para que el Pueblo entero de Cuba, dando oídos al argentino sonido del machete legendario fuera á formar centenares de escuadrones decididos é inermes, dispuesto á la Santa Cruzada. Y luego cuando llegaron los esperados caudillos y el emigrado de sus miserias envió al hermano los elementos para el combate, aquellos escuadrones se arman y disciplinan, y al impulso creador de Gómez y Maceo, después de haber oído la palabra profética de José Martí, se convierten en el Ejército triunfador que lleva á toda la Isla la guerra, que burla los formidables planes españoles, que destroza sus columnas, entrega al fuego redentor la inútil riqueza, y pasa llevando el terror á todos los corazones culpables, junto á los muros de la Habana, para conducir hasta el extremo occidental de la Isla como colosal serpiente purificadora, el machete y la tea, esa dualidad simbólica de nuestros ideales.

Dos años han resistido nuestros guerreros á los repetidos esfuerzos del Gobierno Español, adquiriendo ventajas diarias.

Dos campañas decisivas de pacificación han sostenido: la primera se trocó en invasión triunfal: en qué se trocará la segunda?

Dos veces la negra trición ha herido á la revolución en sus grandes directores; en los tiempos de organización, cayó el cerebro, en los de Victoria, el brazo derecho; y á cada uno de esos golpes, mortales á juicio de los asesadores, el entusiasmo ha resurgido poderosamente, como reanimado por la sangre de las víctimas. No es de ilusos pensar pues, con esos antecedentes, que la liberación no tarda; basta comparar, basta examinar el recorrido, basta excudriñar el porvenir, basta dirigir una mirada á las cajas vacías de la monarquía y á las renovadas cajas de la República.

Al llegar el segundo aniversario de la magna empresa, saludemos á los que la han dirigido, á esos hombres que tan alto han llevado el nombre de Cuba, que descuelan en el incesante espectáculo de la proeza, el heroísmo y la constancia como se elevan los altivos picachos de "La Maestra" sobre las demás alturas de la Cordillera Antillana. Lloremos á los caídos, confiemos en los supervivientes, veneremos á todos: á Martí, el abnegado apóstol de corazón de niño y cerebro imponderable; á Maceo, el acerado combatiente ídolo misterioso de la Guerra, hijo amado de la Victoria: á Gómez, estratégico, profundo, perspicaz, enérgico, digno generalísimo de héroes: á Cisneros, noble patriota que con tanto acierto dirige los seguros pasos de su Gobierno; á Estrada Palma, digno sustituto de Martí: y perseveremos sin descanso, que el triunfo se aproxima.

EL SEPARATISMO CUBANO

IV

Constituían el pueblo cubano, en los días de la revolución de Yara, dos elementos disímiles, enemigos entre sí y tan distintos por el color de la piel como por su diversa condición social, diametralmente opuesta; los blancos descendientes de españoles y los negros descendientes de africanos; y entre unos y otros, ó mejor dicho, sobre unos y otros se levantaba todopoderosa, intolerante y suspicaz la casta de los forasteros ó peninsulares, cuyos intereses, fueran legítimos ó bastardos, eran los oráculos que consultaba el zafio soldadote

que pescaba la Capitanía General de Cuba, en el río revuelto de las intrigas palaciegas.

La influencia perniciosa que la esclavitud de los negros ejerció en aquella heterogénea masa social, penetró hasta el alma misma de la sociedad cubana y la corriente infecta que fluía de aquellas zahurdas que llamábamos *barracones*, venía á morir invisible y traidora, en nuestros hogares mismos que quedaban infestados, como respiraderos al fin, de aquel foco permanente de podredumbre moral.

El rebajamiento de los caracteres, consecuencia forzosa de la esclavitud que pervierte y envilece por igual á los siervos y á sus señores y el terror que inspiraba la intención que se suponía en la raza negra, tan inicua y maltratada, de saciar su sed de justa venganza bebiendo á raudales la sangre de los blancos, eran los soportes principales del poder tiránico de España que entusiasmada, en su falta de sentido moral, con la prosperidad material de la colonia, declaraba crimen imperdonable toda tentativa, directa ó indirecta, que amenazara cegar la fuente impura de donde manaba aquella riqueza maldita y deshonorosa.

La grandeza de espíritu de los hombres extraordinarios que, venciendo la influencia corruptora del medio en que nacieron y vivían, sacrificaron gozosos, por amor á la justicia, su posición y su fortuna y llamaron á su lado, como iguales, á sus esclavos, escribió la página más gloriosa de nuestra historia y el honor nacional de los cubanos será eternamente deudor de su timbre más preclaro á aquellos magnánimos y austeros fundadores de la patria.

Y hoy que los hijos de los que fueron señores llaman hermanos á los hijos de los que fueron esclavos y unidos todos constituyen, sin distinciones de clases ni procedencias ni razas, un solo pueblo, abrasado con el frenesí de la pasión al ideal de la independencia, los revolucionarios de Yara toman en

nuestra fantasía las proporciones gigantescas de los semidiosos porque por obra de sus esfuerzos sobrehumanos y de sus sacrificios inefables ha surgido de aquella mortífera cloaca que la maldad de España fundó en el mar de las Antillas. la heroica y adorable Cuba que vivifica por igual, en su seno fecundo, á todos sus hijos y ha llorado con la misma honda aflicción á aquel magnífico Maceo, rival admirable de los grandes guerreros de todas las edades y que paseó como león soberano su melena aterradora por todos los montes y todos los llanos de nuestro suelo, y á aquel Zayas, que parecía la reencarnación de un héroe de Homero y que tantas veces pulverizó bajo los cascos de su caballo de guerra, la arrogancia y la soberbia de los regimientos españoles.

Destruyendo la esclavitud y legándoles á las nuevas generaciones un caudal copioso de hazañas que más que realidades parecen creaciones fantásticas de la leyenda, la Revolución de Yara hizo algo más que preparar el advenimiento de mejores días: determinó de una manera necesaria é inevitable, un nuevo orden de cosas que, por medio de las leyes que regulan el crecimiento de las sociedades humanas, había de producir, en la historia del pueblo cubano, una nueva y última guerra de independencia.

A. CABALLERO.

1895—FEBRERO 24—1897

No pudo ser: la paciencia del pueblo se agotó; la calma lentamente cedió su lugar á la ira, y de nuevo los montes de Cuba repercutieron en sus ecos, dilatándose en los valles y rebasando de las costas el grito santo de Independencia.

Grito de la dignidad herida por el ultraje; grito de la conciencia recta ante la injusticia; grito del valor contra el atropello.

España, ciega, impenitente y sorda á las sabias enseñanzas de la Historia, nos llevó con su política de suspicacias, con sus privilegios de casta, hasta el abismo